

# Reiner Stach

## ¿Éste es Kafka?

99 hallazgos



Mientras se documentaba para su monumental biografía de Franz Kafka, Reiner Stach visitó numerosas bibliotecas y archivos de Praga e Israel, donde hizo incontables hallazgos fascinantes: manuscritos de una picardía o ternura extraordinarias, fotografías sorprendentes, fragmentos de cartas y testimonios de contemporáneos que vertían una inesperada luz sobre la personalidad y la obra del escritor praguense. En *¿Este es Kafka?*, Stach reúne los noventa y nueve hallazgos más inesperados, los sitúa comentando su procedencia o contrastándolos con la obra del escritor y nos descubre así algunas nuevas teselas del mosaico siempre incompleto de Kafka. Cada detalle examinado contribuye a desmontar el estereotipado mito del escritor neurótico y torturado, y pone al descubierto aspectos previamente ignorados de la colorida personalidad de uno de los mayores autores de todos los tiempos.

## PRÓLOGO

A algunos les da miedo. Otros, que no lo han leído pero han oído hablar de él, simplemente temen que les dé miedo. Y a algunos más los pone tristes aunque no sepan decir por qué. Otros muchos sienten el soplo de la depresión y por eso dejan a un lado con cautela sus libritos. Hay muchas reservas, y el rumor de que en el fondo estaba loco encuentra todavía hoy suficiente alimento, incluso en sus textos más perfectos. Ciertamente no es tarea de la literatura apresurarse a proporcionar soluciones tranquilizadoras a los problemas que suscita, ni aportar la prueba de que todo tiene su parte positiva. De hecho, sabemos que no es verdad, y no nos gustan los autores que nos toman por ingenuos. Pero cuando la literatura aborda el fracaso real del que ninguno de nosotros puede librarse, reflejándolo una y otra vez, con evidente voluptuosidad, en fracasos imaginarios y, además, lo imbrica en un discurso –implacable y que no conduce a ninguna parte– sobre el fracaso en general, entonces nos preguntamos si el autor no habrá dado rienda suelta a una obsesión absolutamente privada, y también por qué tenemos que escucharlo y observarlo con tanta atención como la que sin duda reclama.

A muchos los impacienta o inquieta, pues encripta sus textos y parece alegrarse de conducir al lector por caminos tortuosos, a través de los aparentes laberintos formados por dédalos de pensamientos de los que no hay escapatoria. Un tal Gregor Samsa, que se transforma en insecto, y un Josef K., a quien detienen sin ningún motivo, son

sus invenciones más célebres. Lo que les sucede a estos dos personajes es emocionante, fantástico, da que pensar y, no obstante, frustra todas las esperanzas. Desde luego, quien haya entablado una relación (por tímida que sea) con la literatura, entiende en unas pocas páginas que toda explicación razonable, toda «solución» destruiría tales ficciones, por mucho que sus héroes –y con ellos el lector– puedan desear diluir la tensión. En su caso no existe ningún tipo de consuelo manifiesto, no puede haberlo si nos atenemos a las reglas del juego de la literatura innovadora. A lo sumo nos cabe esperar un fugaz consuelo, como el de quien, mientras se precipita al vacío en caída libre, para tranquilizarse se dice a sí mismo que de momento todo va bien.

Aun así, hay una fracción de lectores –que en modo alguno ha decrecido al cabo de décadas– fascinada por el escritor y que considera la lectura de su prosa como el mayor placer que ofrece la literatura. Tales lectores no se dejan asustar ni por *tramas* misteriosas ni por catástrofes definitivas; las toman como imágenes del carácter impenetrable y limitado de la vida humana en general, y en particular de la vida en las modernas sociedades de masas burocratizadas. Pues lo que hace estas imágenes tan irresistibles no es el pensamiento que encierran, cuya fundamentación siempre será discutible, sino su forma estética: el lenguaje cristalino, la profusión de maravillosas metáforas y paradojas inauditas, la desafiante sencillez, el magistral dominio de la lógica de los sueños, los destellos de humor que logran iluminar incluso las más sombrías calamidades. Capaz de absolutamente cualquier cosa, es el autor que no conoce descuidos, ni el menor ornamento lingüístico, ni ningún efecto vacío. Es el autor que nunca duerme.

Era inevitable que un escritor como Franz Kafka –al que apenas una década después de su temprana muerte muchos consideraban tanto una aparición meteórica como un futuro clásico– despertase un enorme interés biográfico. El acuciante deseo de explicaciones en clave humana que sus textos alientan constantemente se extendió asimismo a la vida privada de Kafka y, por añadidura, a su entorno cultural, político y social. La pregunta era qué tipo de persona sería capaz de crear semejante obra y cómo llegó Kafka a convertirse en esa persona, y durante años esta pregunta legítima estuvo indisociablemente unida a la tácita sospecha de que tal persona no podía ser «normal». Los primeros recuerdos anecdóticos que se conocieron de Kafka parecían reforzar todavía más dicha sospecha. Se decía que estaba obsesionado con la escritura y, sin embargo, en su testamento decretó la destrucción de todos sus manuscritos (aprobamos sin dudarlo –sobre esto reina el consenso– la desobediencia a la voluntad de desaparecer del autor). También parece que Kafka llevó una vida extremadamente convencional y constreñida, la de un funcionario que no se había emancipado de los vínculos familiares, tenía pocos amigos, había visto poco mundo y jamás conoció una relación erótica satisfactoria. Un asceta que se lo jugó todo a una sola carta y que sacrificó literalmente el resto de su vida a una actividad artística altamente especializada cuyos frutos ni siquiera llegaría a disfrutar jamás. No fue alguien por quien querría cambiarse nadie, y menos un escritor.

Esta imagen difusa se fue precisando cada vez más a lo largo de tres cuartos de siglo, y cuanto más convincentes eran las explicaciones sobre la manera en que la obra de Kafka conectaba y dependía de su intrincado mundo judeo-católico y germano-checo, tanto más claras iban tornándose las contradicciones y las peculiaridades de su psicología. Pero sin duda el secreto de su singularísima obra permanece en gran parte intacto, y cualquier esfuer-

zo por «entender» a Kafka sigue siendo una tarea inabarcable. Con todo, poseemos en la actualidad –como resultado de décadas de investigación multidisciplinar en todo el mundo– una idea muy precisa tanto del hombre como del entorno en el que vivió.

Sin embargo, estas investigaciones no parecen haber causado demasiada impresión en la imaginación popular, donde Kafka sigue siendo el arquetipo por antonomasia del escritor como un bicho raro: apartado del mundo, neurótico, introvertido, enfermo; un hombre inquietante que produce cosas inquietantes. Aunque tan sólo sea un cliché se ha probado inmensamente poderoso, porque pese a que sean sobre todo los medios de masas, ajenos a la literatura, los que mantienen vivos estos mitos, también a los lectores experimentados les resulta sumamente difícil sustraerse de la seducción del estereotipo cultural, basado en cautivadoras imágenes que seguirán vivas mientras nos parezcan atractivas: adoquines mojados por la lluvia, de noche, en un callejón de Praga, al contraluz de las farolas de gas..., montañas de actas polvorientas a la luz de las velas..., la pesadilla de un bicho monstruoso..., todo esto es «Kafka», y da igual lo que nos cuenten los estudios literarios.

Es difícil argumentar contra las imágenes, pero ofrecer imágenes alternativas puede servir para desestabilizar hasta cierto punto su monopolio. Estos 99 *hallazgos* de la vida y la obra de Franz Kafka lo muestran en contextos infrecuentes, a una luz también poco frecuente, y rara vez nos ofrecen tonos fuertes o suaves. Si los contemplamos uno a uno, no significan demasiado: algunos son tan sólo huellas, y otros son más bien modestas imágenes cuya única virtud es ofrecer una nueva perspectiva sobre cosas conocidas, u ofrecer el reflejo de Kafka en el recuerdo de otros. Pero, en conjunto –y éste es el criterio esencial, según el que fueron elegidos los hallazgos–, inadvertidamente nos alejan de los clichés y nos permiten vislumbrar

que tal vez merezca la pena probar otros caminos para acceder a Kafka, caminos que siempre estuvieron presentes, pero que –embarrados de imágenes y asociaciones «kafkianas»– habían caído en el olvido.

En estas páginas el sentido kafkiano de la comicidad desempeña un papel extraordinario y paradigmático. Pues su sentido del humor no siempre es críptico, como podría suponerse a partir de sus inescrutables textos, también es ingenuo, gracioso, como esas películas mudas llenas de golpes y caídas exageradas, y revela el placer que le producían al autor los juegos de palabras y los chistes, así como la destreza en el manejo de los temas, los cambios de perspectiva y las ocurrentes situaciones. Por más que los esfuerzos artísticos de Kafka fueran a menudo mortalmente serios para él, siempre incorporaban un elemento lúdico que le proporcionó mucho placer. Llevó ese juego más allá de las fronteras de la literatura, a cartas, diarios e, incluso, a gestos y episodios de la vida cotidiana, la mayoría de veces con plena conciencia y otras de forma involuntaria, pero siempre con la obstinada coherencia que lo caracterizaba.

En este sentido es cierto que toda la vida de Kafka fue literatura. Precisamente por ello carece de importancia por dónde empecemos para propiciar esa otra mirada sobre Kafka, para acercarnos por otros caminos, menos trillados, al mundo de sus experiencias y a su vida en el lenguaje: tanto da empezar por una inocentada que lo cautivaba, como por los relatos de indios que siguió llevando en el bolsillo aun de adulto, por las rigurosas críticas a la poeta Else Lasker-Schüler, o por la pieza sobre un filósofo que acechaba a los niños para apropiarse de sus peonzas. Decir que todo esto también era Kafka sería una trivialidad. Es mucho más decisivo –y realmente inquietante, aunque en otro sentido muy distinto– que podamos reconocerlo perfectamente en todos estos modestos fragmentos. ¿Cómo, éste es Kafka? Sí, es Kafka.

REINER STACH  
*Berlín, marzo de 2011*

## PECULIARIDADES

## 1

EL INFELIZ BENEFACTOR<sup>[\*]</sup>

Una vez, cuando era muy pequeño, había conseguido una moneda de diez centavos y tenía muchos deseos de dársela a una vieja mendiga que solía apostarse entre el reloj grande y el pequeño. Ahora bien, me parecía una cantidad inmensa de dinero, una suma que probablemente ningún mendigo había recibido jamás, y por tanto me avergonzaba hacer algo tan extravagante ante la mendiga. Pero de todos modos tenía que darle el dinero; cambié la moneda, le di un centavo a la vieja, luego di la vuelta entera a la manzana del Ayuntamiento y de los soportales, volví a aparecer como un nuevo benefactor por la izquierda, volví a darle un centavo a la mendiga, me eché nuevamente a correr y repetí dichoso diez veces la maniobra. (O tal vez menos, porque creo que en cierto momento la mendiga perdió la paciencia y desapareció). De todos modos, al final me sentía tan agotado, también moralmente, que me fui corriendo a mi casa y lloré hasta que mi madre me rehusó los diez centavos.

Ya ves, tengo mala suerte con los mendigos, no obstante me declaro capaz de entregar toda mi fortuna presente y futura, cambiada en los billetes vieneses de menor valor, a una mendiga junto a la Ópera, siempre bajo la condición de que tú estés a mi lado y que yo pueda sentir tu proximidad.

Entre los numerosos problemas que se hicieron patentes entre Kafka y su amada Milena Jesenská se contaba la relación que cada cual tenía con el dinero. Según le contó Milena a Max Brod: «En una ocasión, le dio una moneda de dos coronas a una mendiga y quiso que le devolviera una corona. Pero como la mendiga dijo que no tenía, estuvimos allí al menos dos minutos pensando cómo íbamos a solucionar el asunto hasta que finalmente se le ocurrió que la mendiga podía quedarse las dos coronas. Pero apenas dio dos pasos, se puso de mal humor. Sin embargo, éste es el mismo hombre que habría sido capaz de darme sin pensarlo, entusiasmado, veinte mil coronas». Este mismo episodio se lo comentó Milena en una ocasión a Kafka, quien se defendió con mucho ingenio trayendo a colación, entre otros, este recuerdo de infancia.

Kafka se reprochaba a sí mismo «tacañería en cosas pequeñas» y lo cierto es que en materia de dinero podía ser tan generoso como mezquino. Le gustaba hacer regalos, incluso dar dinero, pero tenía que ser de manera completamente voluntaria. Difícilmente transigía con un donativo obligado, con un error en el cambio o con gastos hechos sin razón, aun cuando sólo fueran diez centavos.

Praga, Plaza de la ciudad vieja, c. 1880.

## 2

KAFKA HACE TRAMPA EN EL EXAMEN DE  
BACHILLERATO[\*]

En su famosa carta al padre de cien páginas, Kafka reconoció que había aprobado el examen final de bachillerato «haciendo trampas». Cómo sucedió lo contó en sus memorias inéditas el médico Hugo Hecht (1883-1970), compañero de clase de Kafka durante muchos años. Especialmente temido –escribe Hecht– era el examen oral de griego. Ciertamente es que el profesor de griego, Gustav Adolf Lindner, era bondadoso y poco exigente, sin embargo, tenía que presentar a cada alumno un texto diferente para su traducción oral, de manera que eso hacía imposible a los alumnos prepararse para el examen.

Estaba claro que sólo había un camino para aprender lo que necesitábamos, conseguir el cuadernito de notas en el que nuestro profesor de griego (Lindner) guardaba la información anhelada: el texto que le tocaba traducir a cada estudiante, textos de autores de los que nunca habíamos oído hablar en clase. El plan más sencillo parecía sobornar a la joven y atractiva ama de llaves de nuestro célibe profesor de instituto para que le cogiera del bolsillo el cuaderno de notas y nos lo prestara un rato para copiar la

parte que nos interesaba del mismo. Juntamos dinero entre todos y se lo confiamos a uno de los mayores de nuestra clase, que ya tenía fama de heroico mujeriego, con el encargo de que trabara amistad con el ama de llaves. Y así sucedió: la llevó varias veces a cenar, a bailar y al teatro, y tres semanas más tarde, una tarde de sábado, esperábamos expectantes en un café cercano el cuadernito de notas. Lo conseguimos, copiamos las anheladas anotaciones, y una hora después el cuaderno volvía a estar en el bolsillo del profesor. Uno de los copistas fue Kafka. Naturalmente todos aprobamos el examen oral de griego con las banderas desplegadas al viento –habíamos tomado la precaución de que los más flojos cometieran algunos fallos y errores a fin de no levantar sospechas–. El presidente de la comisión evaluadora estaba muy contento, al igual que nuestro profesor: éste obtuvo incluso una mención especial por sus extraordinarios resultados con una clase mediocre y estaba visiblemente orgulloso.



Gustav Adolf Lindner.

## 3

## EL TÍTULO DE BACHILLERATO[\*]

Kafka aprobó los exámenes para obtener el título de bachillerato (el austríaco *Matura* o *Maturität*, 'certificado de madurez') en el año 1901, en el Altstädter Deutsches Gymnasium ['instituto alemán de la ciudad vieja'] de Praga, y fue uno de los alumnos más jóvenes de su promoción. En primer lugar, a comienzos de mayo, los escolares tuvieron que presentarse a cuatro exámenes escritos de las cuatro asignaturas principales: alemán, latín, griego y matemáticas. En julio, poco después de que Kafka cumpliera dieciocho años, continuaron con una serie de exámenes orales en los que se requerían de nuevo traducciones de las lenguas clásicas, a las que Kafka temía tanto como para recurrir a métodos ilícitos para aprobarlas (véase hallazgo 2).

El diploma de madurez de Kafka es poco llamativo y apenas sobrepasa el nivel medio de la nota general: en ninguna asignatura consiguió *sobresaliente*, y en ninguna obtuvo una nota más baja que *bien*. Lo que más sorprende es que ni siquiera en la asignatura de alemán pasase de un *bien* a pesar de que, como demuestran algunas de sus primeras cartas, no cabe duda de que en expresión escrita sobrepasaba con mucho a sus compañeros de clase. También es cierto que para la nota del título de bachillerato contaban ejercicios orales libres, que no eran precisamente el fuerte de Kafka.